NÚMERO XII JUNIO 7 DE 1899 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

TEOSOFISTAS Y TEÓSOFOS

He aquí dos términos que, por lo general, son aplicados indistintamente el uno por el otro y que, sin embargo, encierran significados diversos.

El *Teosofista* es el simple aspirante á la ciencia en que es maestro el *Teósofo*; á esa ciencia que nos presenta como tipos culminantes, por el dominio que sobre ella adquirieron, á un Pitágoras, á un Apolonio de Tyana á un Buddha ó á un Jesús.

Desgraciadamente, la confusión no se limita solamente á aquello. *¡Es un Teosofista!* oímos decir con frecuencia de un individuo cualquiera, por el sencillo hecho de que forma parte de la Sociedad Teosófica; y,—*es un buen Teosofista!*, si á dicha condición reune la de aceptar, sin vacilación alguna, las doctrinas llamadas tales, aún cuando no siempre sea capáz de comprenderlas, ni, por consiguiente, de esforzarse por aplicarlas en la vida.

Sin embargo, nada mas falso. En la Sociedad Teosófica, pueden ingresar, —como suele suceder,—personas allí llevadas por una simple curiosidad; por el deseo de adquirir poderes extraordinarios; por ver si es posible encontrarse frente á frente con un *Mahama*, ó por cualquier otro motivo que nada tenga que hacer con los verdaderos fines de aquella. Tampoco la verdad se encierra, única y exclusivamente, en una clase determinada de doctrinas, aún cuando en estas pueda encontrarse en mayor cantidad que en otras.

Fuera de la Sociedad Teosófica, el mundo cuenta con multitud de *Teosofistas* que ignoran que lo son; que jamás han oído pronunciar semejante palabra; que no conocen las doctrinas, llenas de enseñanzas, que propagan mu

chos de los más distinguidos miembros de la Sociedad; y que, á pesar de ello, marchan por el verdadero sendero desenvolviendo sus bellas aptitudes y practicando sus generosos actos, cada uno en la medida de sus facultades, de los impulsos de su naturaleza interior ó de los ideales de su mente.

Por otra parte, la Sociedad Teosófica, lejos de ser un centro sectario, abre, por el contrario, sus puertas de par en par á todos los hombres de la tierra que, seducidos por su ámplio programa, quieran penetrar en ella; y,—hecho que debiera ser significativo,—no interroga á los candidatos sobre sus ideas en cuestiones religiosas, filosóficas y científicas. Así, un Cristiano, un Judío, un Musulman, un materialista, un espiritista, pueden ser miembros de ella y permanecer siempre dentro de sus creencias particulares, sin que nadie tenga el derecho de decir que no son *Teosofistas* si sus propósitos y sus acciones se encuentran en armonía con los principios de la fraternidad humana, únicos que están obligados á aceptar al ingresar allí.

Si la Sociedad combate al materialismo por el órgano de sus miembros más conspícuos y de sus Revistas, no es que no reconozca y proclame, como constantemente lo hace, toda la verdad que en este sistema se encuentra; pero, es que no es al materialista filosófico y científico, al que se lanza afanoso detrás del verdadero conocimiento, al que ataca y persigue; sino al materialista grosero, al que trata de apagar la divina chispa que ilumina al hombre erijiendo altares al dios de los sentidos. El materialista sincero, investigador, que no puede ser materialista por un acto deliberado de su voluntad, sino porque su razón no le demuestra ó lo convence de otra cosa; que busca la verdad sin partido preconcebido, dispuesto á aceptarla de donde quiera que venga siempre que ella se imponga por sí misma, pero dispuesto también á no decir *amén* á las afirmaciones de cualquier autoridad, por grande que sea, puede merecer perfectamente el calificativo de *Teosofista*, si ajusta sus actos á las leyes del honor y de la moral, y ejerce con su prójimo la tolerancia y la caridad, virtud esta última que no es del patrimonio exclusivo de los que participan de otra manera de pensar.

Todo el que busque el conocimiento, por cualquier camino que sea, llegará á él, más ó ménos pronto ó tarde, según el sendero por el que se dirija; pero, llegará, al fin.

Siendo la Teosofía la ciencia de la Verdad Una, es *Teosofista*, pues, el que sintiendo amor por esta, ya se llame católico, materialista ó musulman, dedique todas sus facultades á su investigación, *practicándola* enseguida en la medida de su saber. La Sociedad Teosófica no nos dice: —«estudiad solamente esto»; sino que nos aconseja, por lo contrario, estudiar todas las religiones y fi-

losofías, persuadida de que cada una de estas posee una parte de la Verdad, con respecto de la cual no son ellas, sino distintos puntos de mira ó espejos que la reflejan bajo formas ó aspectos diversos y más ó menos veladamente, Estudiando esos varios aspectos, es como llegaremos á posesionarnos de ella; cosa que no podrá jamás conseguirse si nos aferramos á no considerar mas que una sola de sus tantas caras, por mas hermosa que la veamos.

Pero, fuera de esto, hay un punto sobre el que debemos insistir: Lo que caracteriza con especialidad al *Teosofista*, no son sus conocimientos; estos pueden adquirirse por cualquier individuo que se proponga hacerlo, buscando no importa que fin; es *su conducta*, que en realidad no es, muchas veces, sino el resultado de *su conocimiento*, es decir, de sus dolorosas y pasadas experiencias.

¡*Sed buenos*!, eran las palabras con que invariablemente terminaba las enseñanzas llenas de sabiduría que trasmitía á sus alumnos un Venerable Maestro de la ciencia esotérica, el que prefería ver practicar por estos la unión entre sí, base de todo poder—pero la unión cimentada en el amor,—y la verdadera caridad hácia el prójimo, la que se derrama sin buscar otro interés que el del propio desvalido, al esfuerzo intelectual de sus discípulos por adquirir doctrinas que no siempre todos pueden asimilar del mismo modo.

Y ese consejo, dado como corolario de las elevadas lecciones, inspiradas en el amor y la virtud, que con dulce y elocuente palabra trataba de fijar en sus oyentes, es todo un programa para el que puede comprender.

Seguirlo es la tarea que corresponde al que anhela llamarse *Teosofista*; ejecutarlo.... esa es la obra que realiza el *Teósofo*.

LANÚ.
M. S. T.

HARMONIAS

Hace más por la humanidad un corazón que ama, que el cerebro de un sábio!

SENTENCIA INDIA.

Todo cambia en el mundo; todo, en evolución contínua, se transforma, nace, crece, muere y vuelve á renacer. Siempre se desarrolla ante nosotros

el gran panorama de la vida, de esta vida que es la base del progreso universal.

Absorbidos por las cosas del presente y empujados por la mano invisible del tiempo, echamos un denso velo al pasado, sumergido en las tinieblas del olvido, y si lo descubrimos un poco, vemos la inmensa distancia que nos separa de los que fueron nuestros antepasados y de los que hoy pueblan la tierra.

Ahora, que la humanidad comprende que no debe añadir á la historia otras páginas de sangre, cultiva las letras, las ciencias, las artes, estudia y analiza, buscando siempre un más allá para su progreso y adelanto.

El porvenir, para aquellos que saben comprender la misión de la encarnación, se presenta como meteoro radiante y explendoroso, cuya luz iluminará la tierra hasta sus más recónditos lugares; él enseñará á las generaciones sucesivas el tiempo perdido en los siglos anteriores y abrirá paso al verdadero progreso espiritual el que con su rápida marcha llegará pronto á posesionarse de todos los ámbitos del Universo.

Entonces el mundo será un Edén cuyas lozanas flores estarán siempre prontas á derramar sus perfumes, y los seres que poblarán después este planeta, serán buenos y activos, para el bien de sus semejantes, prestándose mutuamente apoyo y protección.

Todos serán libres, y adorarán al Dios verdadero, al Ser Supremo, que solo tiene amor para sus criaturas, y no á los ídolos mezquinos y erróneos de las religiones absurdas que sujetan á los pueblos á la ignorancia.

Se derrumbarán los cimientos de sus templos, puesto que un foco de luz más potente penetrará por sus puertas; y la nueva doctrina abrazará un día la tierra toda, y será ella la que hará caer, piedra por piedra, los edificios de la idolatría y los reducirá á polvo!

La Teosofía, dándonos la clave de las vidas y el fundamento de este poderoso desarrollo del porvenir, no puede menos que influir poderosamente en todo progreso.

La historia y la arqueología, se iluminarán en sus caminos, conociendo las leyes de la evolución, las causas de nuestras limitaciones y las condiciones diversas que concurrieron á la realización de los hechos, ya sea en sus relaciones con las costumbres y tendencias de los tiempos, ya por las circunstancias varias que determinaron las antropologías sucesivas de los pueblos, sus conocimientos, pasiones y corrientes artísticas á que obedecieron.

¿Qué desarrollo no podría esperarse á medida que, por la depuración del

espíritu, vayamos aumentando nuestras reminiscencias del pasado, recibiendo indicaciones, consejos, instrucciones y recuerdos dormidos?

Aquí se presenta la historia como un nuevo mundo, oculto dentro de nosotros mismos, por el fenómeno de las reencarnaciones, en ese milagroso poderío para el conocimiento de las lenguas y filosofías que hoy se observa en muchos seres encarnados, por las fuerzas interiores y ocultas que poseemos, como son, las emancipaciones inconscientes, las visiones secretas, las vocaciones, los anuncios proféticos, combinados admirablemente con la fase de nuestra libertad!

El cielo no está emancipado de la tierra, y cualquiera que sean nuestras dudas y los obstáculos que se nos presenten, una ley poderosa, una fuerza etérea nos rige, actuando en nosotros con todas sus influencias visibles y ocultas.

La antropología toma un nuevo aspecto; la teoría de los fluídos está llamada á una verdadera revolución en las ciencias naturales. La patología de hoy es, entre muchos, materialista y vitalista, y por eso se halla tan atrasado el conocimiento de las enfermedades. Algunos éxtasis y sueños, las pesadillas y visiones, el sonambulismo y el magnetismo, los prodigios de la imaginación y de doble vista, la sugestión mental, la telepatía y otros mil hechos, apenas han tomado carta de ciudadania en la ciencia médica por falta de conocimiento psicológico y fluídico.

Desde el momento en que seamos dignos de la verdad, desde el momento en que el comercio con el cielo se aumente por el adelanto de los hombres en la bondad, y que el magnetismo y el psicologismo progresen para confirmar por nosotros aquella, desaparecerán los recelos y las dudas y se hará la luz en lo que hoy aparece lleno de misterios y de sombras.

Se hará la luz por medio de esa chispa divina que el Lucifer de Oriente nos trae, y entonces la ciencia del alma estará en su apogeo, puesto que ya cuenta su historia inmortal.

Desde las comunicaciones rudimentarias del trípode, en que no intervienen las nuevas Sibilas, ó la máxima filosófica profunda trazada por inconsciente mano, hasta el estilo sepulcral del alma que lanza sus ayes desde la tumba y se siente en la obscuridad; desde el canto del ángel que describe su morada y su dicha en rápido verso, en medio de perfumes, conciertos y aureolas de luz, hasta el severo moralista que nos reprocha los vicios y nos alienta á las virtudes; desde el científico rigorista, que apunta un progreso y encarga el desarrollo, hasta el político enérgico que enseña por pasado ejemplo; desde los tiernos y persuasivos consejos del espíritu protector, hasta las intimidades

conmovedoras del ser querido que nos dejó, y que viene á extender sobre nosotros una red de fluidos bienhechores; desde el alma del sabio, hasta la poderosa corriente del maestro, esa fuerza espiritual divina se manifiesta!

¡Nos rodean estas maravillas del mundo oculto! ¡El alma que encarna, el pensamiento que habla, la idea que escribe, la fuerza que mueve, el progreso que transforma, todo esto no es más que el reflejo del gran motor universal!

¿Qué seríamos nosotros sin esta alma escrutadora? ¿Qué seríamos sin la fe, sin la creencia del más allá, con su evolución, con su adelanto, con su progreso? ¿Qué somos? ¿Cuál es el más perfecto de nuestros sentidos? Tomemos por ejemplo nuestra vista. La más poderosa durante la noche más profunda no puede ver más que seis mil estrellas! Supongamos que nuestra retina tuviese su sensibilidad acrecida en la proporción del ojo gigante del telescopio de Lord Ross; vería más de 40 millones de ellas!

Pero esas no son todas las estrellas; la estadística estelar se eleva actualmente á 100 millones (la vía láctea encierra ella sola más de 18 millones). Las cifras llegan á ser desde entonces tan enormes, que nos aplastan con su peso.

¡Cien millones de estrellas! ó sean 17 mil estrellas por cada una de las que vemos á simple vista! ¡Ya no distinguimos ni constelaciones, ni divisiones; un polvo fino brilla allá donde el ojo, librado á su solo poder, no veía más que una densa obscuridad.

¿Queremos tratar de sondear esas profundidades? Huyamos de la tierra con la velocidad de la luz (75 mil leguas por segundo). Continuemos nuestro viage sin detenernos, años, siglos, millones de años; atravesemos todas aquellas agrupaciones de mundos, de nebulosas y de soles; aquellas inmensidades negras, atravesémoslas.....! y después nuevos mundos, nuevos soles, nuevas estrellas se encienden en los cielos. Nuevos millones de años, nuevas revelaciones, nuevos esplendores estrellados, nuevos universos, nuevos mundos, nuevas tierras, nuevas humanidades!

Y qué! Jamás fin, jamás horizonte cerrado, jamás bóveda, jamás cielo que nos detenga, siempre el espacio! En dónde estamos pues? Qué somos? ¿A dón de vamos?

El centro está en todas partes, la circunferencia en ninguna; la serpiente mística es eterna, ella abarca el infinito, con su evolución, con su fuerza universal; ella crea y transforma con su positivo eterno inconcebible y se alimenta constantemente con su negativo sin fin!

Somos tan pequeños, que en nuestro nido terrestre podemos dormir y soñar sin temor, como el pájaro en la rama de un árbol; los soles están tan lejos que no hay para nosotros otra cosa que estrellas; y el movimiento

de la tierra es tan suave, que jamás nadie lo ha sentido! Y para nuestros sentidos materiales los más perfectos, todo está silencioso, todo está tranquilo!

Nadie se ocupa de esa fuerza etérea, maravillosa, que rige mundos, seres y universos; nadie se ocupa de lo que ha sido, de lo que es, de lo que será. El afán de hoy, es por la lucha de la existencia! es por las posesiones mundanas!

A los pigmeos poco les importa las alturas del Thibet y del Himalaya!

Pero nosotros no estamos perdidos! nó! Los espíritus buenos se buscan y se encuentran!

Nosotros sabemos que esa fuerza universal existe; sabemos que el poder oculto, consecuencia lógica de la intervención de auras en el Universo, se traduce en manifestaciones exteriores que son hechos obtenidos por una fuerza oculta, psíquica é inmortal sea por evocaciones, apariciones, aportes ó materializaciones y hechos de órden magnético y sonambúlico.

El Atharva-Veda y los Slocas de Manú, dicen: «Aquel que ha penetrado el secreto de las cosas, que se ha elevado por la contemplación á la ciencia del principio inmortal, que ha mortificado su cuerpo y desarrollado su alma, que conoce todos los misterios del ser y del no ser, que ha estudiado todas las transformaciones de la molécula vital, desde Brahma, hasta el hombre y desde el hombre hasta Brahma, aquel solo está en comunicación con los pitris (poderes ocultos, espíritus) y manda á las fuerzas celestes.»

La causa suprema de todos los fenómenos, es el fluído puro, la fuerza ódica, vital, extendida por toda la naturaleza, que pone en comunicación todos los seres animados ó inanimados, visibles ó invisibles.

El ser que posee mayor suma de esa fuerza vital, adquiere un poder proporcional, ya sea sobre los seres animados que la tienen en menor escala, ya sobre los seres inanimados.

Como los yoguis y los fakires en la India, como los Parsis y los Magos, patriarcas lejanos de un mundo perdido en la noche de las edades, aparecen hoy seres que dotados de esa fuerza oculta y misteriosa, producirán fenómenos de órden elevado para conservar y propagar la doctrina de la Santa Causa, sostenida por las dos columnas inmortales de Karma y Reencarnación.

El olvido del pasado no es tan absoluto como parece y menos puede ser motivo para negar la preexistencia.

Sin ella no hay explicación que justifique los talentos y genios, ni los idiotismos ó deformidades nativas, porque podríamos preguntar á Dios, con mucha razón: ¿Por qué no nací un Edison ó un Stephenson? ¿por qué no nací rico ó exento de penalidades? ¿por qué no surgí á la vida con tendencias al bién y á la caridad? ¿por qué no soy un orador ó un pensador de primer órden?

Pero todas las tinieblas de este género desaparecen con la reencarnación, admirando en ella el amor y la sabiduría divina.

Con la reencarnación solo tenemos motivos para bendecir esta fuente regeneradora que nos habilita y nos permite el devolver con amor constante, á ciertos séres, los desdenes que pudieron en otras existencias ocasionar su desesperación.

Admirable equilibrio! Admirable fuerza oculta que encierra un mundo entero de tragedias, de sacrificios, de expiaciones, de pruebas, de propósitos y de prácticas, que quedan ocultas para las miradas de esta vida, pero que las llevamos gravadas en el corazón!

Y el hombre más endurecido por el dolor, el espíritu más rebelde por los tratamientos de la ira y del furor, se humilla y llora sus errores pasados bajo la influencia bienhechora del amor divino que le da tréguas de siglos para convertirse á la vida de la luz de que había huido por la ignorancia y persiguiendo un fantasma de felicidad por la materia.

Días solemnes son para la humanidad, estos en que la fuerza ódica universal y la reencarnación son predicadas por todas partes.

Por ellas, el holgazán se hará activo; el pecador impenitente, mártir; el egoista hombre de estudio, alma elevada!

¡Es por el empleo de esa fuerza ódica y con la fé inquebrantable en la reencarnación que los Sabios de la India producen hechos que la mente humana no puede ni siquiera concebir en Occidente.

«Vosotros habeis estudiado la naturaleza física, decia un día un pensador oriental; habeis obtenido por medio de las leyes y de las fuerzas de la naturaleza, resultados maravillosos; el vapor, la electricidad, etc....

«Nosotros estudiamos desde hace más de 20 mil años, las fuerzas ódicas y las fuerzas intelectuales; hemos hallado sus leyes y obtenemos, haciéndolas obrar solas ó de concierto con la materia, fenómenos muchos más sorprendentes que los vuestros, y que no puedo referir por no hacer dudar de ellos; pero, en fin, los hemos visto.»

Creyendo firmemente en estas verdades, estudiando religiosamente esa

fuerza sutil y misteriosa, trabajando y buscando siempre el más allá, transportando el espíritu sobre el mundo y sobre el tiempo, invocando tranquilos al Dios de la vida y de la fuerza universal, llegaremos á conseguir esos poderes en bien de la entera familia humana.

Esta es nuestra misión: difundir la ciencia divina para disminuir los males, no olvidando jamás que: «no hay religión más elevada que la verdad.»

* *
*

¿QUÉ ES LO QUE HA HECHO LA TEOSOFÍA POR EL MUNDO?

Considerando la vida como una gran oportunidad, la solución práctica de sus variados problemas en lo referente á la existencia individual ha sido objeto de estudios, ha sido ilustrada, y ha recibido un refuerzo considerable en la literatura teosófica corriente. Cada individuo se halla relacionado de un modo distinto con estos grandes problemas, en razón de sus variadas experiencias durante la vida y á causa de las diferencias existentes en cuanto á herencia y circunstancias de que se halla rodeado. Considerando el principio de reencarnación como admitido, y mirando á la vida presente como la consecuencia encarnada de todas las vidas anteriores, la teosofía únicamente observa el principio imperecedero de la *una vida* que subsiste durante las variaciones todas, y que se mantiene inmutable en presencia de todas las experiencias y de todos los fenómenos.

Por mucho que parezcan diferir unos individuos de otros, exíste una raíz única, tan solo, para nuestra humanidad común. Las teorías de la ciencia responden á la variación de las especies y de los géneros, en lo referente al progreso y al perfeccionamiento por medio de la selección natural, etc.; pero la ciencia fracasa por completo en cuanto intenta esplicar el tipo del hombre y la conservación de las cualidades distintamente humanas. En todo cuanto hace referencia al tipo humano, la ciencia no hace más que preguntar. Admitiendo su existencia, como admite la fuerza y potencia latentes en la constitución de

las cosas, se ocupa únicamente de sus variaciones y formas de expresión. Esta condición de las cosas es debida tan sólo á la influencia de la filosofía inductiva, la cual solo tiene que ver con leyes y manifestaciones de fenómenos. Es la *vida una*, postulada por la Teosofía, la que permite á una filosofía mucho más ámplia el postular también un *noumeno*, y completar de este modo el círculo de la existencia. La inducción y la deducción, como métodos de procedimiento, puede ir así, mano á mano, con la certeza de obtener la verdad como resultado final.

En vista de estas consideraciones, como aplicándose á materias y métodos individuales, no estará fuera de lugar el considerar á la Teosofía desde un plano mucho más elevado, mirándola como «la cosa en sí misma» y en relación con el mundo en general. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho la Teosofía por el mundo?

Contesto: primero, ha fundado todas las grandes religiones.

Existe en cada comunidad un gran número de personas, número que aumenta de día en día, que se hallan dispuestas á declarar que el mundo puede pasar perfectamente sin religión. Estos se imaginan que, como ellos no tienen necesidad de religión alguna para sí mismos, todos los demás tienen que encontrarse en un caso análogo.

El error de estas personas radica en el hecho de que toman equivocadamente como religión lo que sólo es superstición; y en segundo lugar, en que confunden la religión con la teología y el eclesiasticismo. Estas no son más que maderas de deshecho, cuerpos flotantes, las empalizadas y esclusas que obstruyen el curso de las aguas puras de vida, pero á despecho de las mismas, la corriente fluye eternamente.

Existen otros, además, que se encuentran tan atados por sus propias formas religiosas que imaginan no ser necesaria ninguna de las otras. Pretendiendo un orígen divino para su propia religión, miran á todas las demás como paganas y degradantes; y estos son los que constituyen á los fanáticos llenos de prejuicios y de supersticiones y cuyos ejércitos y misiones en vano han tratado de «cristianizar al paganismo». Lo que han hecho más bien, ha sido paganizar al Cristianismo y desmoralizar al paganismo. (1).

Todas las grandes instituciones se originan lo mismo que los individuos. Un gérmen es el punto de partida, y trás del gérmen existe la fuente de toda vida; el flujo y el reflujo de aquel océano inagotable de energía que se califica

(2) Si se piden evidencias, basta con citar la reciente petición de los trabajadores exhaustos de Lóndres á la Reina; y el tratado del ópio impuesto á los «Chinos Paganos» por *la Cristiana* Inglaterra.

y manifiesta bajo formas innumerables. El gérmen de las grandes religiones de la tierra ha sido sembrado, en general, en un sólo pecho humano; una semilla divina con una encarnación humana. Podemos nosotros, á la verdad, dejar de reconocer á la divinidad en la encarnación, al Dios en el Avatar, y sin embargo, allí indudablemente reside; de no ser así, ninguna energía viviente hubiera podido manifestarse. Aún en un ser humano degradado podemos dejar de reconocer la divinidad, á pesar de que su patente de humanidad es el signo de su divinidad original.

Dícese, con frecuencia, por personas á la par inteligentes y liberales, que entre todas las grandes religiones del mundo sólo debe existir una, y una sóla de entre ellas verdadera. Olvidan que la *religión* es únicamente la verdadera; al paso que las religiones sólo se aproximan á la verdad como se aproximan los rayos de luz al gran orbe del día. Cada religión es un rayo del orbe central, y ninguna de ellas deja de ser un heraldo de luz y de verdad para todos aquellos que permanecen sumidos en tinieblas.

Con frecuencia se aduce como argumento en contra de la divinidad de una religión cualquiera, el que si fuese en realidad de orígen divino, convertiría al mundo. Es un rasgo inherente á la ignorancia y superstición del hombre el cargar sobre otro sus propias faltas y locuras. Desde el «primer hombre», que se quejó al Señor, de la «mujer que Tú me diste», hasta el último santo ó pecador que carga sus propias transgresiones sobre la Providencia, herencia, necesidad ó diablo, el hombre ha sido siempre ciego y cobarde á la par. El sistema Cristiano, fabricado por hombres, empieza con esta declaración en el Jardín del Edén, y termina con descargar del pecado original los hombros paternales de Adán, echando todas las transgresiones subsiguientes sobre los hombros de Jesús de Nazareth, al paso que del pecador sólo se exige que compadezca y aplauda á este Hombre de Tristezas, del cual se espera que cargue con todo el Karma de la entera raza humana desde el principio de los tiempos hasta que la sentencia se cumpla. Nada tiene de particular, y no hay para que maravillarse, después de todo, de que Jehovah ¡se arrepintiese de haber hecho al hombre!

¿Es, pues, acaso, una evidencia en contra de la divinidad de una religión cualquiera el que no redima al mundo? ¿Era acaso Jesús menos divino, porque tanto los Judíos y los Fariseos orgullosos, como los Césares y las legiones romanas no reconocieron su divinidad? ¿Dejaba de ser Buddha un Avatar, porque, como St. Hilaire declara, el Buddhismo no ha podido todavía crear una sociedad tolerable, porque fracasó en el país de su nacimiento? ¿En dónde, reside el fracaso? ¿Dejaría algo de ser verdad,

única y exclusivamente porque todos los hombres no han logrado reconocerla? ¿Cesa el sol de brillar cuando un hombre se vuelve ciego, ó cuando nace sin vista? ¿Qué es, después de todo, lo que impide la redención del hombre más que su propia ceguera ó locura?

Desde que comenzó la historia, ha tratado la humanidad de mejorar la humana raza, matando y torturando á los individuos más brillantes y superiores de la misma. Desgraciado de aquel que clama á los hombres para que se arrepientan, y que les anuncia que «el reino de los cielos está á mano». El premio común de todos estos reformadores ha sido, y es todavía, el ridículo, la traición, la calumnia y el destierro. «La verdad tan solo pide que se la oiga». ¡Pobre verdad! Apenas abre su boca, se la llenan de cieno, y cubren de inmundicias. Lo último que la canalla y el fanático le conceden es el escucharla y en cuanto mueve los labios pónense en los mismos palabras que rápidamente brotan de los lupanares. Si vestida de blanco purísimo, abandona su celestial mansión, vuelve convertida en una especie de clown de circo, escarnecida por el populacho y despreciada por aquellos que cantan sus alabanzas cuando está lejos.

La Teosofía, la sabiduría divina, ha dado, en verdad, religión al mundo, y la verdad divina, en mayor ó menor grado, ha mecido en su cuna á todas las grandes religiones. Las caricaturas de estas, han sido engendradas por el hombre, el que ha profanado así á aquellas retratando en esas caricaturas sus propios vicios.

En segundo lugar, la Teosofía ha inspirado á los Profectas de la antigüedad y á los verdaderos videntes y místicos de todas las épocas cuyos nombres constituyen una legión. Estos eran aquellos que buscaban á Dios, eran los que iban tras de la Verdad Divina. Ellos se olvidaron de sí mismos para acordarse de la humanidad tan sólo, demostrando así la divinidad que en su interior permanecía. De ellos puede decirse que han sido la sal de la tierra. Han sido pobres, se han visto despreciados, el hombre les ha rechazado, pero Dios no los olvidó. Sus ojos fueron abiertos, y como habían contemplado las maravillas de la Jerusalem celestial, y tratado de descenderlas á la tierra en beneficio del hombre, el ódio se cebó en ellos y han muerto en la cruz. Ellos hubieran querido que en las vastas regiones de la tierra floreciesen las rosas, pero el hombre prefirió cubrir la tierra de templos dedicados á Mammon, con sus altares en los que únicamente arde el incienso en honor del yo egoista, razón por la cual esta Jerusalem terrena ha apedreado á los profetas, y sacrificado en todas las épocas á los hombres divinos. Je-

rusalem la maldita, es preferible á la expléndida Jerusalem de las bienaventuranzas.

Jamás en la tierra ha carecido la Verdad de un testigo, á fin de que aquellos que en sus corazones llevan su imágen y su sello no dejen de encontrarla. Los Vándalos han arrasado la tierra; los déspotas han aplastado bajo sus piés á la humanidad; la guerra, el hambre y la pestilencia han cubierto al mundo hasta el punto de parecer que sólo la miseria reinaba como soberana; y sin embargo, en las profundidades de las cavernas silenciosas, lo mismo que en las prisiones subterráneas, en las cumbres altivas de los montes, así como en las calles que de multitud rebosan, ha resonado la voz de Bath-Kol, (Espíritu) y aquel que la ha reconocido ha sido conducido siempre al banquete de los dioses.

Es esta sabiduría divina, oculta siempre para el egoista y para el que vive esclavizado al tiempo, pero en toda época revelada á aquellos cuya mente es espiritual, la que ha conducido á la humanidad al través de siglos de tinieblas; es esta sabiduría divina la que la ha impulsado hácia adelante, la que la ha lanzado hácia arriba. La Teosofía es la manifestación de la divinidad en el hombre. El clamor de las masas exige siempre imágenes materiales y por eso los credos y rituales de las religiones todas, siempre son imágenes materiales, tan materiales como maderas y piedras, tan groseros como becerros de oro. Es mucho más fácil grabar una imagen ó formular una creencia que el darle la vida. La única imagen terrena de la divinidad es tan sólo el hombre. El oráculo divino habla siempre con voz humana, y la beneficencia divina siempre se vale de una mano humana para acudir en auxilio del pobre y del desesperado. Es la Teosofía la que en todo tiempo ha inspirado al veraz y al bueno, y la que ha conducido á los séres más puros y mejores de la humanidad á sacrificar sus *egos* personales en bien de sus semejantes. Todo cuanto bueno y benéfico se ha hecho en el mundo lo ha hecho la Teosofía, elevando al hombre por encima del animal, y conduciéndole hácia lo alto, hácia lo eterno y divino. El intelectualismo solo, es impotente para elevar á la humana raza. Es la bondad, más bien que la inteligencia, el corazón, más bien que la mente, lo que eleva al hombre por encima del plano animal; pero, esa bondad, no es aquella imbecilidad amable é incolora en la cual muchos se figuran que consiste. Los mártires, los reformadores, los reales directores de la raza, han estado muy lejos de ser meras personalidades negativas. La bondad negativa se halla sólo á una línea de distancia del mal positivo, justamente del mismo modo que los cristianos negativos no son con frecuencia más que ateos positivos ó abyectos materialistas.

La inteligencia real está siempre dispuesta á convertirse en agresiva, y está tan predispuesta al bien como al mal. No sucede lo mismo con aquella bondad genuina á la cual nos hemos referido, la que es, á la verdad, una cualidad positiva, pues es la combinación harmónica de la fuerza y de la amabilidad. La fuerza de la bondad verdadera es más bien de sufrimiento y de resistencia, que una cualidad agresiva; busca más la conquista del yo egoista, que el subyugar á los demás; consume menos fuerza en combatir el mal que en sostener lo bueno y lo verdadero; se ocupa muy poco de las faltas y locuras de otras personas, mira en conjunto al bien total, y reconoce todo cuanto es bueno en las vidas de los demás; predica mayor bien á los otros que el que ellos ponen en práctica, y les estimula así á conducirse del modo más perfecto posible.

Subordinando de este modo la inteligencia á la bondad genuina, es como se presenta bajo su aspecto superior. Así es como el Manas (1) superior se manifiesta á la luz y es cultivado. El manas inferior es alimentado por la vida sensual del hombre, y depende de las sensaciones corporales, siendo también tributario de ellas. Pero al Manas superior le alimenta *Buddhi* la «*radiación divina*», y depende de los sentidos más elevados, los del alma real ó ego-individual. El hombre físico-intelectual vaga al través de la masa de materia, colecciona hechos, instituye esperimentos, formula teorías. Así es como la inteligencia ordena los cambios en la percepción, y agota la sensación, hasta que, ó la edad debilita al cerebro, ó este sufre un trastorno antes de que ningún conocimiento real haya sido obtenido. La mente superior del hombre, anclada en la bondad verdadera, se apodera de los principios esenciales, comprende los fenómenos por medio de la ley que debajo de los mismos existe, y abarca los principios universales. El hombre puramente intelectual vaga en torno de la circunferencia del círculo; pero la mente intuitiva reposa en el centro, que sólo se encuentra en aquella región en la cual la dimensión no existe, ó sea en lo ilimitado.

La Teosofía es, por lo tanto, el único vestíbulo que conduce al conocimiento real. Los descubrimientos de la ciencia física sirven con tanta facilidad para la degradación y destrucción del hombre, como para su elevación y conservación.

Si esta vida es el principio y el fin, como con tanta frecuencia se asegura que es la verdad en la práctica, entonces la verdadera sabiduría es el egoismo;

---

(1) *La mente.*

el deseo insaciable, el motivo más exaltado; y el uso más elevado que puede hacerse de la inteligencia y de la fuerza tiene que ser el aplastar al débil, y engañar y defraudar al inocente. Es, á todas luces, el *uso* lo que determina la beneficencia; y su existencia real, no el tiempo sólo, es lo que mide las oportunidades y las conquistas del alma.

Asi es como la Teosofía conduce al hombre á la comprensión de su propia naturaleza y de su existencia esencial. La inteligencia iluminada del alma bondadosa es independiente del tiempo y de las circunstancias. Su gozo lo encuentra en su interior, no fuera de sí; permanece concentrada en sí misma. La mayoría de las personas no comprenden el poder que de esto resulta y es para ellas inconcebible. Jamás comprenderán las masas como puede uno abandonar voluntariamente riquezas, fama y poder, y aquellos que lo han hecho ó son considerados como imbéciles dignos de compasión ó de desprecio, ó como dioses á los cuales se teme y adora. Por esto es por lo que los Avarates y Redentores de la humana raza no han sido jamás comprendidos; esta es la causa de que nunca hayan sido interpretados como era debido. Christos continúa siendo para la mayor parte de las gentes ó un fetiche ó un mito, crucificado como un malhechor en una época, para ser adorado como un dios en la siguiente. ¡Pobre naturaleza humana!

La Teosofía ilumina cada una de las páginas de la historia; revela la naturaleza y el destino verdaderos del hombre; enseña el método por medio del cual puede el hombre realizar su misión elevada, y nacer un ser divino; convierte tanto á la ciencia como al arte en medios de elevación y de beneficencia; y transforma á un animal perfeccionado en un dios caído por medio de una *Fraternidad Humana ó Universal.*

DR. J. D. BUCK.

DOS SONETOS

Nuestro distinguido hermano, el Sr. José Plana y Dorca, Presidente de la Rama Teosófica de Barcelona, nos envía los dos bellos sonetos que á continuación publicamos, por los que felicitamos á su autor, incansable obrero de la causa de la fraternidad, de la cual fué principal propagandista H. P. Blavatsky, en cuyo recuerdo está inspirado uno de aquellos:

ESPAÑA Á AMÈRICA (1)

¡ Sursum corda !

De mis entrañas hija, fiel trasunto
Y juvenil retoño de mi raza,
Señalas en la Historia con tu traza,
Emula ser de la inmortal Sagunto.
Vuelve los ojos, hija, vuelve al punto
Tus grandes ojos, y amorosa enlaza
A la materna España, que te abraza,
Su pecho al tuyo, para siempre, junto.
Un nuevo *Sol*, para las dos, levanta
Su refulgente disco...! Y á porfía,
Nuestro común esfuerzo, se agiganta
La aurora al saludar del nuevo día.
Prenda sea de *Amor*, de gloria tanta,
La *Doctrina* sin par, la TEOSÓFIA!

JOSÉ PLANA Y DORCA.
M. S. T.

Barcelona, y Mayo 15/99.

(1) Las Repúblicas Hispano-Americanas.

Á H. P. BLAVATSKY

(En el 8.º aniversario de su desencarnación)

Astro bendito que en la noche obscura
Del *Kali-Yuga,* (1) tu fulgor mostraste,
Y de sus velos á Isis despojaste,
Luz derramando en la divina hechura.
Del *Atma-Vidyâ,* (2) diáfana y segura,
La Doctrina sin par nos enseñaste,
Y al humano dolor le consagraste,
Cual purísimo *Loto,* tu alma pura.
Tú el oriental *Depósito Sagrado,*
Para la mente occidental perdido,
Brindaste, cual presea, al esforzado,
Trazándole el Sendero apetecido...
¡Oh Blavatsky, Maestro venerado,
Sea tu nombre por siempre bendecido!

José Plana y Dorca.
M. S. T.

Barcelona, y Mayo 8/99.

POR QUÉ DEBEMOS ESTUDIAR EL ORIENTE

Del Oriente han venido nuestros maestros, y nosotros somos los herederos y discípulos del Oriente. En la religión, la ciencia, la filosofía, en las instituciones sociales, en las letras, las artes y las industrias, los orientales nos han precedido y nos han instruido.

(1) *Kali-Yuga.* Edad de fierro, edad negra; el actual periodo de evolucion en que se encuentra la Tierra según la Teosofía.—N. de la D.

(2) *Atma-Vidya. Atma,* palabra sanscrita que significa, *Espíritu,* el *Todo* invisible; *Vidya,* conocimiento. N. de la D.

Nosotros nos atribuimos el honor exclusivo de nuestros inventos, olvidando que si nos recompensamos tan bien con los trabajos de la cosecha, otros han debido hacer los de la siembra. Erigimos nuestros conocimientos en estrados, donde subimos para afirmar nuestra superioridad. Convenimos que la ciencia es sin precedentes y podrá difícilmente ser sobrepasada. La creemos nacida, sin gérmen apreciable, del genio moderno europeo salido derrepente de la barbarie por una espontaneidad milagrosa.

Absorvidos en la contemplación mezquina de una comarca y de una época, olvidamos que, sin el Oriente hoy despreciado, sin su herencia, seríamos todavía Oscos, Ligurios, Celtas, Vándalos y Godos.

Del Oriente es de donde han sido traídas las ciudades y sus libros, y los frutos que nosotros cultivamos, y nuestras escuelas, y nuestras doctrinas, aún aquella que insulta á los Bramanes, la más santurrona, el desperdicio de la filosofía india; pues si queremos remontar el curso de nuestras ideas religiosas más allá que San Agustín, si no perdemos la historia de nuestros ritos en la oscuridad *reciente* de las catacumbas (1), si preguntamos á los sabios lo que saben de los viajes de nuestros mitos y fábulas (2), del orígen de nuestra moral y de nuestras instituciones, es siempre á la India y á la Persia á donde llegamos.

Si buscamos una lengua clásica más antigua y más acabada que la griega, himnos más antiguos que los de Homero, una teogonía abuela de la de Hesiodo, una astronomía que Tolomeo é Hipparco hayan continuado, una mitología menos moderna que la de Ovidio, fábulas inventadas antes del nacimiento del Frigio, una filología en que Bopp haya bebido, es al Oriente y particularmente á la India á donde estas diversas vías nos conducen.

Si preguntamos quienes, cuando el Atica estaba todavía poblada por corsarios, conocían ya las ideas tan bien expresadas después por la Grecia, que antes de San Pablo enseñaron los dogmas y la moral más ó menos conservados por el cristianismo, se nos responde aún: los Indios. Parece que fuera el Veda donde debiéramos encontrar el orígen y la explicación de nuestras creencias y de nuestras ideas, como el sanscrito es la llave de nuestro lenguaje, y el Manava dharmashastra la de nuestras instituciones, de nuestra familia y de nuestra sociedad.

El Asia ha civilizado á la Europa del mismo modo que ésta ha civilizado á la América. Son los orientales los que nos han enseñado á edificar ciudades

(1) V. Emilio Burnouf: La ciencia de las Religiones.
(2) V. Max Muller.

á formar naciones y ejércitos, á labrar la tierra, á trabajar los metales, á navegar, calcular y escribir. Nosotros hemos perfeccionado todas las artes, pero no las hemos inventado. El Asia nos ha trasmitido las castas: la casta militar, la casta sabia, la casta industrial, la casta agrícola y las demás castas. Nosotros le hemos tomado el uso de dioses, de santos, de ídolos y de ideas, de leyes, del calendario, de ceremonias, de bautismos y de fiestas.

Habiendo salido del Oriente el mundo civilizado, se comprende la importancia y la razón de ser del segundo objeto de la Sociedad Teosófica: estudiar el Oriente y especialmente la India Ariana.

Este objeto, sinembargo, no ha dejado de ser criticado. «No es nuevo;» «Otros se ocupan de eso», dicen los indolentes, y los hostiles: «Tenemos bastantes sociedades y congresos de orientalistas, cátedras y escuelas especiales, aficionados y eruditos dados á ese estudio; la Sociedad Teosófica solo puede ser inútil ó dañosa pretendiendo explotar un dominio que el espíritu moderno reserva para la ciencia. Los teósofos no están especialmente preparados para esos estudios. No pueden más que cazar furtivamente en las comarcas de la ciencia como tantos otros que se esfuerzan así para sostener sus quiméricos sistemas.»

Recordemos que los teósofos no tienen en qué rivalizar con los sabios. Estudiar el Oriente tiene otro sentido y otro alcance para ellos que para la Sociedad Asiática. Los sabios deben saber su ciencia, los teósofos deben hacer vida teosófica. El sabio se limita á la teoría; el teósofo se esfuerza por mantener la práctica de acuerdo constantemente con la teoría. Tiende á introducir en su vida y en el medio en que actúa todo conocimiento que adquiere. Lo que sabe que es verdad, se esfuerza en aplicarlo á su propia existencia.

Entonces, mientras que las sociedades sabias estudian el Oriente para hacer la ciencia, es decir, para analizarlo, sistematizarlo y meterlo así en las bibliotecas, donde á veces los hombres de acción van á sacar instrumentos y fórmulas ya preparadas, la Sociedad Teosófica estudia el Oriente para tener parte en la vida que le anima y reaccionar contra los prejuicios de una educación exclusivamente occidental.

El sabio estudia el Oriente para aumentar sus legajos, el teósofo para completar su naturaleza. El sabio estudia para ser más sabio, —el teósofo para ser más hombre. El hombre ideal que todo teósofo desea realizar en sí es aquel para quien no hay ya extranjeros ni enemigos, que sabe vivir libre é inteligente en cualquier comarca habitable, inmune á las convicciones y costumbres exclusivas de las localidades y de los partidos.

El teósofo no podría dejar de interesarse por la mitad de la humanidad. En el aislamiento en que viven el Occidente y el Oriente vé la causa del agotamiento de este y de los síntomas de desgaste ya sentidos por aquel. En nuestra época todo se torna anticuado, se siente una gran necesidad de novedades, de innovación, y no se sabe cómo satisfacerla. Se ha ha ensayado todo. A fuerza de cultivar un suelo demasiado removido no se obtienen más que los frutos extravagantes y mezquinos de la decadencia. En esas producciones enfermizas, raquíticas, deformes, ya no se siente circular la sávia. No se espera que esta simiente pueda dar retoños robustos. Y la razón se resiste á ver en unos cuantos caballeros errantes que no pueden ocultar bajo la excentricidad del caparazón la flacura de su rocín, la vanguardia de un ejército conquistador destinado á rejuvenecer y civilizar el mundo occidental.

¿Por qué esta amenaza de esterilidad, este malestar en religión, en literatura, en arte, en filosofía? La Europa no está agotada. Jamás ha sido más emprendedora, más activa, más inteligente. Jamás ha estado más viva en su interior, más invasora en su exterior. Nunca se han visto tantas empresas, descubrimientos, fuerzas encontradas, desastres reparados. La ciencia está bien alimentada. La raza de los filósofos no puede haberse empobrecido desde la revolución. Los artistas que hacen sesenta años crearon el romantisismo no han muerto sin posteridad. ¿Qué es lo que se espera entónces? El espíritu de la raza no ha decaido. La mecha no se ha hecho incombustible. Lo que hace palidecer la llama es el aceite.

Para alimentar el génio de la Grecia fueron necesarios los tesoros de Egipto, de Fenicia, de Asiria, y de Persia. Roma que no tenía al principio más que la herencia de los Etruscos, adquirió ingentes riquezas después de la conquista de Grecia, riquezas que el Imperio Romano dividió en dos partes: con la una ha subsistido la Edad Media; la otra, conservada en Byzancio, ha dado el impulso á los tiempos modernos.

Los Románticos, en nuestro siglo, han explotado todo lo que la Edad Media pudo crear. Al presente, esas herencias sucesivas han sido consumidas; los almacenes que contenían el capital acumulado del pasado están abiertos y vacios; hé ahí por qué los recien venidos temen inquietos haber nacido demasiado tarde.

Encontrando á la antigüedad demasiado agotada desde David, algunos se ven en la obligación de hacer desfilar por la escena á la Edad Media. Tratan de armar un misterio en que se mostrarían personajes caidos en desuso y que bien presentados les parecen capaces de suministrar todavía una brillante

carrera. Se idearían ingénuos y poseidos, un neo cristianismo, una nueva alquímia; exhibición, que por mal sana no podemos alentar.

¡Que un viento perfumado y exótico arroje pesando sobre nuestro suelo gérmenes nuevos! Que junto á los viejos troncos arrugados del pasado se eleven esencias desconocidas y preciosas. La Europa se cansa de dar su savia al roble, es tiempo ya de trasplantar á sus praderas el cedro del Himalaya.

Setecientos millones de hombres tienen artistas que no conocen á Fidias ni á Peruguino; filósofos que no salen ni en favor ni en contra de Aristóteles, ni de Descartes; sabios enteramente independientes de Euclides, de Bacón, de Galeno y de Lavoisier; religiosos que no citan á la Biblia. ni á los Padres; legisladores que no han recibido nada de Solón, ni de Justiniano. Naciones mucho más numerosas que todos los pueblos del Occidente no han sido conquistadas por César ó sus lugartenientes, no han tenido nunca desavenencias con la Santa Sede, no han sido emancipadas por la Revolución, ignoran los nombres de Lutero y de Cromwell, consiguen su salvación sin el Evangelio, y tienen hombres que no han leído la Declaración de los Derechos del Hombre.

Nosotros nos cuidamos tan poco de ellos como ellos de nosotros; y cuando las dos razas hermanas hablan la una de la otra, es para vertir juicios inmotivados ó fútiles. El Chino halla grotesca la peluca á la francesa, el francés ridiculiza la coleta china.

El misionero y el diplomático sostienen con una fé inquebrantable la infabilidad de las Bulas y del Código, mientras que con igual tezón el mandarín más ilustrado sub-raya la decisión impecable de los Kings y del Santo-edicto. Invariablemente el Europeo atribuye á la ignorancia la invención del Tin y del Tang, del Teng-chou y de los cinco elementos, y el chino no ve más que una hechicería vulgar en la ciencia del Europeo. El Europeo deduce la inferioridad del chino de su indiferencia por palabras como las de razón, de fé, de derecho, de libertad, y el chino constata la ausencia de sentido moral que caracteriza á los hombres del Occidente viéndolos sordos al «Hiao», al «Tin», al «Tao» y al «Tchong-yong». La conciencia del Occidental se resiste á ver en el Indio un igual cuando conoce que este ignora y desdeña el progreso, ¿cómo juzga el Indio al Occidental cuando comprende que este ignora y desdeña á Moksha?

Las ideas y las palabras en auge aquí, no tienen curso allá; y los que se obstinan en implantarlas fuera de sus fronteras son acusados de ignorancia ó de estafa.

La conciliación del Oriente y del Occidente no puede hacerse sin falsas interpretaciones y errores; pero no por eso deja de operarse de una manera progresiva é irresistible. Algún día se considerará como cumplida enteramente. Los dos hemisferios cerebrales de la humanidad, estando así unidos y actuando de acuerdo, cuadruplicarán los poderes del hombre.

El que se siente hijo de la humanidad y no de un reducido territorio; el que, elevándose por encima de los intereses mezquinos y de las rivalidades de naciones y de iglesias, se hace el continuador y el heredero de todos los esfuerzos humanos, engrandece colosalmente su pensamiento y su acción.

Encuentra en los errores y en los prejuicios extranjeros fuerzas para combatir los que le han sido dados por su educación nacional. El contraste de los defectos los hace más sensibles. La galantería embustera de Europa y el despotismo ejercido sobre la mujer asiática, se hacen mútuamente la guerra. El Oriental que quiere que la mujer le sirva y el Europeo que finje servirla pasarán juntos á la categoría de personajes cómicos.

El teósofo desconfiará igualmente de la justicia expedita de los cadis ó de los mandarines y de los procedimientos complicados y mecánicos de los tribunales de Europa. En Oriente aprenderá á tener en cuenta los caprichos del déspota, en Occidente la rigidez y las fruslerías embarazosas de la ley escrita. Conociendo los dos, sabrá porqué el Europeo tiene horror al régimen asiático, y porqué el Asiático tiene horror á la administración europea; calculará lo que cuesta el latrocinio al Oriente y el militarismo al Occidente; apreciará los golpes que recibe el paisano anamita y las bofetadas que tocan al conscripto alemán. Viendo las costumbres chinas y francesas conocerá lo que hay que hacer para humanizar las dos razas.

Se conoce mal un objeto cuando no se le puede comparar con otros de la misma naturaleza. Goete ha dicho: «El que no sabe más que un idioma no sabe ninguno.» Es funesto para el desenvolvimiento del hombre no saber más que su lengua patria, no vivir más que la vida exclusiva de su nación, no recibir más que una sola educación que hace de uno un médico, un brahman ó un clérigo y le deja ignorante de todo lo que no pertenece á ese único papel. Estamos en la condición de actores que representan siempre el mismo personaje: ignoramos completamente la escena, la vida.

¿Qué competencia moral tendremos, estando nuestra conducta regida por principios que somos incapaces de juzgar, si no hemos aprendido otros con los cuales podamos confrontarlos? Como el hombre que no conoce más que su lengua, estudiamos un catecismo, una moral una religión. Empezamos ápenas á dudar que haya otras, y miramos a las doctrinas extranjeras con

la prevención que nos inculca nuestra ignorancia y la de nuestros institutores.

¿Qué crédito podemos merecer cuando, en nombre de la historia de las escuelas filosóficas, decimos que la inteligencia humana no ha pasado nunca tal límite? No conocemos más que la filosofía griega y las escuelas modernas que la han continuado en Occidente. ¿Cómo podremos tener en cuenta á los pensadores de la India y de la China? Nuestra erudición no nos presenta más que despojos desfigurados de sus doctrinas, despojos torpemente disecados. ¿Quién en Europa ha comprendido y sabría exponer el sistema de un Nagordjouna, de un Bouddhagosha, de un Sankaratcharya? Los eruditos mismos parecen olvidar que estos nombres son más dignos de consideración en la historia del pensamiento humano que los de Sócrates y Platón.

Para estudiar el Oriente de una manera práctica y fructuosa, es necesario adquirir la educación que posee un Asiático instruido, es decir, ser tan versado en las ciencias y en las doctrinas del Asia como podemos serlo en las de Europa. Los estudios orientales no consisten solamente en descifrar mal ó bien los textos; debemos leerlos como somos capaces de leer á Herbert Spencer ó á Séneca y meditarlos en su lengua para profundizar su sentido. Debemos hacernos los discípulos de los maestros orientales como lo somos de los maestros occidentales, pensar después de ellos lo que ellos han pensado, como si siguiéramos el mismo camino que han recorrido y en donde han dejado señales para guiarnos.

Adquirir una educación doble, oriental y occidental, á la vez é igualmente, tal es el medio de ser en todas partes un hombre inteligente, de estar en posesión del derecho de ciudad en toda la tierra, de corregir los prejuicios y la superstición de que nos rodea nuestro origen. Un teósofo debe hacer sus estudios dobles.

El individuo en nuestras sociedades no está desenvuelto más que á medias. Su educación exclusiva no ha hecho evolucionar en él más que la mitad de las potencialidades que su época le permitía realizar; por eso la Sociedad Teosófica, proponiendo al Europeo ó al Americano los conocimientos de que el Oriente no está sin duda menos bien provisto que nosotros, procura al hombre su desenvolvimiento normal y completo. Al mismo tiempo, el cumplimiento de este segundo objeto de su programa, es el medio más eficaz de trabajar para la realización de los otros dos.

¿Se puede ser el hermano de gentes que no se comprenden, que hablan una lengua de la cual no se conoce la analogía, que juzgan las cosas según principios totalmente distintos á los nuestros, que emplean en su vida, en sus

actos diarios, concepciones de las que nosotros no tenemos la menor idea? Los que practican la utopía sentimental dirán «sí», quizás, pero nó el teósofo que sabe interrogar su conciencia, y cuya vida debe estar llena, no de sueños y de teorías, sino de experiencias y de acción. No; nosotros,—sino somos más que Europeos salidos de la escuela y de la sociedad parisiense,—no podemos sentirnos hermanos de un bonzo japonés, que tiene que ser tan incomprensible á nuestros ojos como lo era para Pedro Loti su esposa la señora Chysanthème. No, un brahman, educado exclusivamente en los principios del brahmanismo, no puede ser el hermano de un caballero alimentado solamente con los principios exclusivos de la sociedad inglesa. Pero el pandit anglo-hindú y el inglés familiarizado con la literatura religiosa y filosófica de la India, que han perdido toda clase de menosprecio y de desconfianza recíproca, enriquecida y engrandecida el alma por el estudio de los trabajos de la humanidad sin restricción de longitud, juzgando desde un punto de vista menos parcial y menos limitado, discutiendo sin pasión y sin prejuicio las leyes de Manú y las ideas sociales del «Looking Backwards», se sentirán hermanos, solidarios en la misma familia humana unida para el mismo combate, donde la deserción de los otros es sentida por cada uno.

¿Cómo podemos, pues, adquirir sin escuela y sin muchos años una educación oriental?

Que uno se pueda instruir sólo y aprender en una edad madura lo que ha sido rehusado á nuestra juventud, es lo que el ejemplo de numerosas personas «self-educated» demuestra constantemente. Los esfuerzos que muchos individuos hacen para elevarse en la jerarquía social se imponen de toda necesidad al teósofo que quiere cernirse por encima de las creencias ordinarias de la sociedad en que ha nacido.

El estudiante ocultista quiere adelantarse á la marcha media de la evolución; quiere correr. Debe entonces exigir de sus piernas y de sus pulmones un trabajo más considerable que el del peatón vulgar. Debe adoptar un ejercicio contínuo. Si se excusa, si no tiene de corredor más que el gorro, sus pretensiones son irrisorias, y sólo consigue el ridículo que cae sobre un hombre que finge correr y sólo anda al paso común.

Los teósofos para quienes la teosofía es algo más de una teoría buena para los ratos de ócio, llegan á considerar como un mínimum la tarea diaria que cada individuo se impone para enriquecerse, para adquirir talento, ó alcanzar una notoriedad cualquiera.

¡Qué! Son necesarios tantos esfuerzos para hacerse sábio, pintor, músico ó millonario, y se esperaría desenvolver su naturaleza espiritual, hacerse

mejor, más inteligente, acrecer su voluntad, sus facultades instuitivas, ¿sin un celo considerablemente más laborioso y más enérgico?

¿Querríamos recibir enseñanzas más elevadas que las que puede suministrarnos un sabio cualquiera, algún filósofo de una universidad renombrada, sin una preparación mucho más completa que la que nos hace aptos para seguir los cursos de nuestras escuelas superiores? Esto sería una pretensión análoga á la de una criatura que pidiera impacientemente ser admitida en la Escuela Politécnica.

Parece que un conocimiento primario indispensable, para estudiantes cuyos instrumentos de trabajo son principalmente los libros sagrados de la India y obras europeas en las que pululan los términos sanscritos, debería ser el de esta lengua.

Si un Siamés ó un Japonés no se desanima al tener que aprender una ó varias lenguas europeas para poder estudiar en nuestras facultades y en nuestras bibliotecas, derecho ó medicina; si el latin, el griego y muchos otros conocimientos son exigidos á cualquiera que desee ser admitido en la enseñanza superior, ¿es razonable negarse á estudiar una sola lengua, tan interesante, para tener acceso á la masa de las enseñanzas ocultas conservadas en la India? ¡Que ilusión más rara que la de un hombre que desease se le abrieran las puertas de las bibliotecas secretas á fin de encontrarse en presencia de sus preciosos manuscritos como un cooli anamita ante los trabajos de la Academia de Ciencias!

Siendo muy diferente el fin para el cual los teósofos han de estudiar el sanscrito, que el que persiguen los eruditos, es natural ver si no les conviene otro método que el empleado por estos.

Los indianistas que han aprendido el sanscrito han tenido en vista, sobre todo, estudios filológicos y la formación de la gramática comparada de las lenguas indo-europeas. Han disecado cuidadosamente la lengua con el fin de conocer sus formas, su sintáxis, sus raíces, y han clasificado y rotulado todos sus elementos, aún los menos usuales.

La teosofía no tiene para que ocuparse de esta anatomía. Lo que el sanscrito debe comunicar al teósofo, es un pensamiento. El debe buscar no la letra por sí misma, sino el espíritu que la letra sólo sirve para expresar. El sanscrito no debe ser para él una lengua muerta; una lengua muerta es una lengua de la que el pensamiento se ha retirado, cuyos despojos materiales y palimpsetos subsisten librados á la desintegración del tiempo ó á la disección científica. La Teosofía no tiene que hacer con los cadáveres. Ella es la

ciencia viva del espíritu. Su tarea es, encarnándose en las formas antiguas, traerlas de nuevo á la existencia.

Se conservaban antes en los templos, las armas de los héroes famosos: arcos que ningún brazo podía tender, corazas grandes para todos los pechos, espadas que ninguna mano podía blandir. Los oráculos antiguos anunciaban la aparición de un hombre que un día tomaría esas armas y haría resonar á lo lejos su nombre y el de sus conciudanos. El tiempo llegaba, el héroe aparecía, vestía la armadura, desnudaba la espada formidable, descolgaba las flechas y alcanzaba las victorias anunciadas. De igual modo la evolución cíclica juntará á los hombres capaces de hacer vibrar la palabra callada hace tanto tiempo en los santuarios adormecidos de la India. El Mahabharata, y el Ramayana volverán á seguir su curso, semejantes al Indo y al Ganges. Los filósofos discutirán de nuevo pensamientos demasiado elevados para ser expresados en nuestras lenguas. Volverán á representarse dramas, demasiado puros, demasiado serios, y demasiado sublimes para convenir á las pasiones de nuestro teatro sensual y sanguinario.

El invierno no ha concluído todavía y estamos lejos del tiempo de la cosecha. Si hablamos de frutos es porque debemos pensar en sembrarlos. Que nuestros hermanos y hermanas en teosofía traten de empezar á pensar en la lengua de los «dos veces nacidos», como aprendieron poco á poco, hace algunos años, á expresarse en su lengua materna.

Los sonidos que retenían primero maquinalmente y que repetían entónces sin comprender bien su valor, han llegado después á expresarles nociones cada vez más precisas y cada vez más numerosas; y á medida que iban adquiriendo el lenguaje por el ejercicio más simple, su inteligencia se agrandaba también.

El método seguido para aprender la lengua materna es el mejor, para adquirir un idioma, porque es el que dá los mejores resultados. Es el más natural, el más pronto, el que enseña más nociones á la vez: es la imitación. El niño imita y retiene todo lo que oye: palabra, frase ó canción. Hasta repetiría discursos y piezas de teatro si su memoria se lo permitiese y se convertiría así en orador y autor dramático; como imitando á las personas á quienes oye conversar se hace conversador.

En la vida, en la práctica, el lenguage y las cosas no están separados. Es el análisis, es la abstracción científica lo que divide, lo que separa á la gramática de la poesía, como si los poetas escribieran en contra de la gramática, á la lógica de la metafísica, como si se pudiera ser metafísico sin razonar, á la

verdad práctica, de la teórica; á la expresión, de la idea; al lenguaje, de la ciencia; á la materia, del espíritu; al alma, del cuerpo.

En el animal muerto por el instrumento quirúrgico, el cerebro es separado de los pulmones, el sistema nervioso del aparato digestivo; en la lengua muerta por los esfuerzos del erudito, los sustantivos se separan de los verbos y estos de sus atributos, la sintáxis empieza después de la interjeción y la prosodia después de la sintáxis, mientras que las palabras están en otro líbro. En cuanto á las ideas, no se las nombra. En la lengua viva, tal como la presenta la lección de un filósofo, el drama de un poeta ó simplemente la conversación de una persona inteligente, por el contrario, todo está reunido.

La enseñanza teórica de las lenguas va de las partes al todo.

He aquí por que el latín y el griego son lenguas muertas, como lo sería el inglés si mucha gente no tuviera que usarlo en sus negocios.

No se puede aprender ninguna lengua con el método teórico clásico; la prueba es que cada uno de los jóvenes que salen de los liceos no han llegado á saber latín después de estudiarlo diez años. Este método no sale de la abstracción y no inicia nunca al estudiante en la vida del idioma.

No es este el método que nosotros preconizamos. Para saber una lengua es necesario tener la memoria plena y habituar el lábio á pronunciarla. Hablemos, entonces, y no hagamos más. Desde el principio repitamos las palabras de los otros.

Se aprende á caminar dando un paso, después diez, después cien, después mil y miles. Se aprende á hablar diciendo una palabra, después cien, después mil y miles. Si no tenemos con quien hablar, hablemos con un libro.

Repitamos una palabra, una frase, una línea, hasta que la sepamos, después dos, después diez, después miles.

Creemos que se aprende el sanscrito fácilmente recitando la Bhagavad-Gita. La traducción oral ó impresa dá el significado de las frases. El estudio permite conocer el significado de cada palabra, de cada sílaba, de cada flexión, de cada construcción. Retener y comprender, aprender de memoria pero con inteligencia, este es el único procedimiento que no nos parece defectuoso.

Se aprende una cosa de memoria y se profundiza poco á poco su sentido, Siguiendo este método con constancia, se aprende de memoria todo un idioma y se le comprende. Aprendamos una palabra, una frase, un capítulo un libro, una escuela, una literatura. De lo pequeño á lo grande, el procedimiento es el mismo. Es seguro: un gran viaje empieza con un paso.

Para que una lengua sea viva y lleve consigo y comunique el alma de

los que la han hablado, es necesario que la boca, el corazón y la cabeza actúen de consuno. Aprender una lengua es aprender á articular sonidos, y á asociar sentimientos é ideas. Se consigue esto solamente con el ejercicio. Todo estudio de un idioma que no comprende estos tres resultados: hablar, sentir y pensar, es defectuoso.

Los niños aprenden los idiomas con una facilidad envidiable, no obstante la imperfección de sus facultades, cuando se entregan á los ejercicios naturales; pierden esta facultad cuando se les impone los medios arbitrarios é inadecuados de la escuela.

El diccionario y la gramática son dañosos porque llenan al estudiante de abstracciones, de palabras y de reglas, en lugar de realidades concretas, en lugar de expresiones enteras, no desmembradas, llenas de la vida de la idea que traducen, del sentimiento que despiertan; porque el tiempo que se pierde en aprender una gramática escolástica y en hojear un diccionario, estaría mejor empleado si se ocupara en leer una linda obra.

No hay ejemplo de que se haya aprendido una lengua empleando esos nímios medios. Es por la imitación de los ejemplos de los ejercicios concretos que se adquiere la facultad del lenguaje ó de cualquier arte.

Es un prejuicio moderno creer que la gramática y el diccionario sirven al artista para la perfección de su idioma. Ni Esquilo, ni Platón, ni Herodoto, conocieron estos instrumentos de la decadencia, y sinembargo, no por eso han perdido nada sus obras. Ni Rabelais, ni Shakespeare han usado la gramática; y en cuanto al diccionario, vasto repertorio que sirve indudablemente á algunos bibliófilos, es tan difícil verlo en manos de un artista, como haber sorprendido á Victor Hugo buscando rimas en él.

Que el teósofo, rechazando los aparatos ortopédicos, se ponga valerosamente á estudiar las obras maestras de la India; que las aprenda de memoria, que las recite, que las declame, que las cante, que las sienta, que las viva; y pronto llegará á imitarlas. Las semillas trasportadas á Europa y á América darán frutos. Los poetas y los filósofos de la India encontrarán continuadores en Occidente y los pensadores de todas las naciones continuarán expresándose en la lengua perfecta de nuestra raza.

Los libros que se pueden usar no son difíciles de procurarse Nala, Sakountala, el Hitopadesha, las leyes de Manú, han sido publicadas con las traducciones en latin, en francés, en inglés y en alemán. Estos son los libros más empleados. Hay otro más teósofo: la Bhagavad-gita. Si los más ocupados de nosotros tomaran la costumbre de aprender y meditar un dístico cada noche, no serían necesarios más que veinte meses para que esta obra filosó-

fica admirable se supiera por entero. La Bhagavadgita suministraría material al pensamiento para siglos. Podríamos así apreciar el provecho moral é intelectual que realizaría en dos años la Sociedad Teosófica si esta costumbre que ya han adoptado algunos miembros se generalizara.

La Bhagavadgita es un texto que todos nuestros hermanos de la India saben de memoria. Por ella podemos ponernos en comunicación con ellos en la lengua y en el pensamiento universal de los teósofos.

ANIKÉTA.

¿CIENCIA OCULTA Ó EXACTA?

(Continuación)

La ciencia investiga tales manifestaciones, reconoce su realidad y.... es impotente para explicarlas. «*Neurosis* é *histerismo*», es la única contestación que se obtiene, y las «alucinaciones *caninas*» de los académicos franceses, mencionadas en *Isis sin Velo*, permanecen válidas hasta hoy como una explicación ó *solvente universal* de toda esta clase de fenómenos. Pero, con todo, es muy natural que la ciencia no pueda explicarse este fenómeno de *luz* y *sonido*, puesto que la misma teoría de la luz no ha sido absolutamente comprobada ni completada hasta el presente.

Continúen, pues, nuestros adversarios científicos algún tiempo más jugando «á la gallina ciega» con los fenómenos, sin ningún otro fundamento á que agarrarse que su eterna hipótesis fisiológica. No está quizás lejano el día en que se vean obligados á cambiar de táctica ó á confesarse derrotados hasta por fenómenos tan *elementales* como los descritos. Pero digan y hagan los fisiologistas lo que quieran, y cualesquiera que sean sus explicaciones científicas y sus hipótesis y conclusiones en el presente ó en el futuro, el fenómeno moderno está ejecutando su *vuelta cíclica* hácia su verdadera explicación: á los *Vedas* arcáicos y á otros «libros sagrados del Oriente ; pues es fácil demostrar que los Arios védicos estaban por completo familiarizados con todos estos misterios del sonido y del color. Las correlaciones *mentales* del sentido del «sonido» y el de la «vista» eran un

hecho tan común en su tiempo, como lo es en el nuestro el de que un hombre vea, con sus ojos bien abiertos, las cosas objetivas en pleno día.

Cualquier estudiante de Ocultismo, el más joven de los *chelas* que haya empezado á leer *esotéricamente* sus Vedas, puede sospechar lo que significa el verdadero fenómeno;—*la vuelta cíclica de los organismos humanos á la forma primitiva* que tuvieron durante la tercera y hasta durante la cuarta Raza Raíz, lo que se conoce como «períodos antidiluvianos».—Todo se conjura para probarlo; hasta el estudio de las ciencias exactas, tales como la filología y la mitología comparada. Desde los más remotos días de la antigüedad, desde los mismos albores de las grandiosas civilizaciones de aquellas razas que precedieron á nuestra *Quinta* Raza, y cuyos vestigios yacen en el fondo de los mares, era conocido el hecho de que se trata. Lo que ahora se considera como un fenómeno anormal, era, según toda probabilidad, el estado normal de la humanidad antidiluviana. Estas no son vanas palabras, pues he aquí dos pruebas entre otras muchas:

A consecuencia de los abundantes datos recogidos por las investigaciones lingüísticas, los filólogos principian á levantar su voz y á señalar hechos muy significativos, aunque no explicados. 1° Todas las palabras que indican manifestaciones y concepciones humanas de la *luz* y del *sonido*, *se ve que se derivan de los mismos fundamentos* (1). 2°. La Mitologia demuestra á su vez la ley evidente —cuya uniformidad excluye la posibilidad de lo casual—que indujo á los antiguos simbologistas á representar á todos sus dioses del *sol* y deidades radiantes—tales como el Alba, el Sol ó Aurora, Febo, Apolo, etc. —relacionados, ya de un modo ya de otro, con la música y el canto—con el sonido, en una palabra—y asociados con la brillantez y los colores (2).

Si esto no es todavía más que una deducción, existe una prueba aún mejor en los Vedas; pues en ellos los conceptos de las palabras «sonido» y «luz», «oir» y «ver» *están siempre asociados*. En el Himno x, 71 verso 4.°, leemos: «*Aunque uno mire no ve el discurso*, y otro que *ve* no lo *oye*.» También en el verso 7.°, en el cual se presenta á una partida de amigos rivalizando en el canto, se les caracteriza con los dos epítetos, seguidos el uno del otro: *Askhavanta* y *Karnavanta*, ó «uno dotado con ojos» y «uno dotado con oidos». Esto último es natural;—el cantante *tiene un buen oido para la música* y el epíteto es comprensible en vista de la emulación musical. ¿Pero qué sentido puede tener en este caso el *Askhavanta* con su buena vista, á menos

(1) *Introduction á la Mythologie de l'Odysée*—Woyvodsky.

(2) *Essay on the Bacchic Cults of the Indo European Nations.*

que haya en ello una relación y un significado que no están explicados porque probablemente el himno se refiere á días en que la *vista* y el *oído* eran términos sinónimos? Por otro lado, un filólogo, un orientalista en ciernes (1) nos dice que la raíz sanscrita verbal *Arc* se usa para dar dos significados—(a) «cantar»y (b) «brillar» para lanzar rayos de luz. Los sustantivos *rc* y *arka*, derivados de la raiz *Arc*, se usan para significar primero *canto, himno*, y segundo *brillo*, rayo, sol .. En el concepto de los antiguos, *un discurso podía verse* ... así lo explica—¿Qué es lo que dice á esto la Doctrina Secreta—este verdadero solvente universal de todas las dificultades científicas y de todos los problemas insolubles? Nos envía al capítulo de la *Evolución de las Razas*, en donde el hombre primitivo está presentado en su evolución especial, avanzando en el plano físico por medio del desarrollo de un sentido en cada sucesiva sub-raza de las cuales hay siete de la primera Raza Raíz, durante la cuarta Ronda en este globo (2). El lenguaje humano, como nosotros lo conocemos, principió en la Raza Raíz que precedió á la nuestra—la Cuarta ó «Atlante». Al principio de la misma, en la primera sub-raza, y simultáneamente con ella, fué desarrollada la *vista*—como sentido físico—mientras que los otros cuatro (con dos más—el 6.° y el 7.°—de los cuales la ciencia nada sabe todavía) permanecieron en estado latente como sentidos físicos, aunque completamente desarrollados como facultades espirituales. Nuestro sentido del *oído* se desarrolló solamente en la tercera sub raza. Así, pues, si el «lenguaje» humano, debido á la ausencia del sentido del oído, era al principio aún menor que lo que podíamos llamar un susurro, pues era una articulación mental de sonidos más bien que otra cosa, algo así como los sistemas que vemos ahora puestos en práctica para los sordo-mudos, es fácil comprender de qué modo aun en aquellos días el «lenguaje» se asoció con la «vista», ó en otras palabras, cómo la gente se entendía entre sí y *hablaba* con sólo la ayuda de la *vista* y del *tacto*. «El sonido se *ve* antes de ser oido»—dice el libro de *Kiu-ti*.—El relámpago precede al trueno. Según pasaban las edades, la humanidad caía con cada nueva generación más y más abajo *en la materia*; lo fisico ahogando lo espiritual, hasta que todos los sentidos—que se habían formado durante las tres primeras Razas Raíces á excepción de uno, á saber, *la percepción espiritual*—se desplomaron finalmente para formar en lo sucesivo cinco sentidos distintos.

Pero estamos en la Quinta Raza y hemos pasado ya el punto de vuelta del «ciclo de nuestra sub-raza.» Según lo prueban los actuales fenómenos

(1) Profesor Ovseniko Koulikovsky, el autor de *Essay on Bacchic Cults*.

(2) Véase *El Esoteric Buddhism*, y *la Secret Doctrine*. para las Rondas, Períodos del mundo y Sub-razas.

y el incremento de los organismos sensitivos en nuestra época, esta humanidad está avanzando rápidamente en la senda que conduce á la espiritualidad pura y llegará al apogeo (de *nuestra* Raza) al final de la séptima sub raza. Para decirlo en un lenguaje más claro y más *perfecto*—*más claro* y *más perfecto*, me temo sólo para algunos teosofistas—estaremos en aquel período, en el mismo grado de espiritualidad que perteneció y era natural, á la primera sub raza de la tercera Raza Raíz de la *Cuarta* Ronda; y la segunda mitad de ella (ó aquella mitad en la que ahora nos hallamos), estará, debido á la ley de correspondencia, en líneas paralelas con la *primera* mitad de la Tercera Ronda. Según las palabras de uno en quien viven la Verdad y la Sabiduría—á pesar de que á menudo sus palabras han sido mal interpretadas y censuradas no sólo por críticos profanos, sino hasta por algunos teosofistas, —«en la primera mitad de la Tercera Ronda, la espiritualidad primordial del hombre fué eclipsada á causa de ser sobrepujada por la mentalidad naciente.» La humanidad estaba en un *arco descendente* en la primera mitad de aquella Ronda, y en la última mitad en su arco ascendente: así es que su estatura gigantesca había disminuído y su cuerpo había ganado en estructura, y se había convertido en un ser racional, aunque todavia era más bien un mono que un hombre *Deva*.» Y si es así, entonces, según aquella misma ley de correspondencias—inmutable en el sistema de los ciclos—tendremos que deducir lo siguiente:—que la última mitad de nuestra Ronda—que se ha demostrado corresponde con la primera mitad de la tercera—debe haber comenzado ya á recibir una vez más la sombra protectora de la renaciente espiritualidad «primordial», la cual al final de la Cuarta Ronda habrá casi eclipsado nuestra presente mentalidad—en el sentido de la fría razón *humana*.

Según el principio de esta misma ley de correspondencias, como se demuestra y explica de un modo completo en la *Doctrina Secreta*, la humanidad civilizada principiará pronto á mostrarse, aunque menos «racional» *en el plano mundano*, más bien como *Deva* que «como mono» según somos en la actualidad y por cierto en el grado más doloroso.

Puesto que nuestras propensiones naturales, que son todavía iguales á las del mono», nos hacen temer, individual y colectivamente el ser lanzados por la opinión pública fuera de aquella región en que todos los cuerpos menores gravitan hacia la lumbrera de nuestro sistema solar social, la Ciencia y su autoridad, algo tiene que hacerse para remediar tal desastre. Me propongo, por tanto demostrar más adelante que como estamos todavía sólo en la Quinta sub-raza de la Raza matríz, y como ninguno de nosotros vi-

virá para ver la séptima—sucediendo las cosas de un modo normal—haremos bien en no fundar nuestras esperanzas en la ciencia, ya sea ortodoxa ó semiherética. Los hombres de ciencia no pueden impedir al mundo que comprenda la *causa racional* del fenómeno, el cual durante algún tiempo más en este ciclo será imposible para ellos el explicar ni aún para sí mismos. No pueden comprenderla ni explicarla mejor que cualquier otro que no haya estudiado Ocultismo y las leyes ocultas que gobiernan la naturaleza y dirigen la humanidad. Los hombres de ciencia son *impotentes* en este caso, y es injusto acusarles de mala fé ni tan siquiera de falta de voluntad, como se ha hecho á menudo. Su facultad discursiva (tomada en este caso en el sentido de *intelectualidad* y no de *razón*) no les permitirá nunca dirigir su atención al estudio oculto. Por lo tanto, es inútil exigir ó esperar de los sabios de nuestra época aquello que son absolutamente incapaces de hacer por nosotros, hasta que el próximo ciclo cambie y transforme completamente su naturaleza *interna* por medio del «mejoramiento» de la estructura de sus mentes espirituales.

II

Ya se ha demostrado que ni las facultades de medicina ni las corporaciones científicas de físicos han podido explicar nunca el *primum mobile* ó *rationale* del fenómeno más sencillo, fuera de las causas puramente fisiológicas, y que, á menos que llamen en su ayuda al Ocultismo, tendrán que morder el polvo, antes de que el siglo xx haya avanzado mucho.

Esto parecerá una afirmación temeraria. Sin embargo, está plenamente justificada por la de ciertas celebridades médicas: *de que no es posible ningún fenómeno fuera del radio de las causas puramente fisiológicas y físicas.* Esta declaración la debieran volver por pasiva y decir que, *no es posible ninguna investigación definitiva bajo los aspectos de sólo las causas fisiológicas y físicas.* Esto sería correcto. Pudieran añadir que, como hombres de ciencias exactas, no podían emplear otros medios de investigación, y por tanto, habiendo llegado con sus experimentos hasta ciertos límites, tenían que desistir y declarar su tarea terminada, debiendo entonces los fenómenos ser trasladados á la especulación de los trascendentalistas y filósofos. Si hubiesen hablado con esta sinceridad, nadie hubiera tenido el derecho de decir que no habían cumplido con su deber; pues habrían hecho todo lo que podían, dadas las circunstancias, y, como se demostrará pronto, no podían hacer más. Pero actualmente los médicos neurópatas no hacen sino poner trabas al progreso del verdadero

conocimiento psicológico. A menos que exista un intersticio, por pequeño que sea, que dé paso á un rayo del Yo superior del hombre, para expulsar de su inteligencia la obscuridad de las concepciones puramente materiales, y reemplazarla por la luz de un plano de existencia, por completo desconocido de los sentidos ordinarios, no podrá ser terminada su tarea satisfactoriamente. Y como para que tales casos anormales puedan ser claramente comprendidos por nuestros sentidos físicos, á la vez que por los espirituales, en otras palabras, hacerse objetivos, deben tener siempre sus causas generadoras compenetrando las dos esferas ó planos de existencia, esto es, el físico y el espiritual, es natural que el materialista sólo pueda distinguir aquellos que conoce, permaneciendo ciego para los demás.

El ejemplo siguiente aclarará esto para el lector inteligente:

Cuando hablamos de la luz, del calor, del sonido, etc., ¿qué es lo que queremos significar? Cada uno de estos fenómenos naturales existe *per se*, pero para nosotros no tienen realidad independiente de nuestros sentidos, y existe sólo en aquel grado que es perceptible al sentido que corresponde con él. Sin ser nada ciegos ni sordos, hay algunos hombres que están dotados de mucha menos vista y oído que los demás; y es un hecho muy conocido que nuestros sentidos, lo mismo que nuestros músculos, pueden ser desarrollados y educados por medio del ejercicio y del método. Es muy antiguo el axioma de que el sol necesita de un ojo para manifestar su luz; y aunque la energía solar existe desde la primera ondulación de nuestro Manvántara (1) y existirá hasta el primer hálito de muerte del Pralaya, (2) sin embargo, si cierta porción de esa energía no excitara en nosotros aquellas modificaciones que llamamos percepción de la luz, la obscuridad absoluta reinaría en el Kosmos, y negaríamos la misma existencia del sol. La Ciencia hace una distinción entre la energía del calor y de la luz; pero la misma Ciencia nos enseña que la criatura ó ser en quien las acciones externas correspondientes causasen una modificación homogénea, no podría encontrar diferencia entre el calor y la luz Por otro lado, aquella criatura ó ser en quien los rayos obscuros del espectro solar causasen las modificaciones que en nosotros producen los rayos brillantes, vería luz allí donde nosotros no vemos nada absolutamente.

Mr. A. Butlerof, profesor de química y científico eminente, nos dá muchos ejemplos de esos fenómenos. Cita las observaciones hechas por Sir John Lubbock sobre el sentido del color en las hormigas. Este distinguido hombre de ciencia descubrió que las hormigas no dejan que sus huevos per-

(1) Período de la manifestación.—N. de la D.

(2) Período de reposo del Universo.

manezcan bajo la acción de la luz, y que los transportan inmediatamente de los lugares en que dá el sol á un sitio obscuro, pero que cuando un rayo de luz *rojo* es dirigido sobre estos huevos (larvas), las hormigas no los tocan, como si estuvieran en completa obscuridad y colocan sus huevos lo mismo bajo la acción de la luz roja que en la obscuridad: más completa. La prime ra no existe para ellas, pues no la ven, es para ellas obscuridad. La impresión que les hacen los rayos brillantes es muy débil, principalmente aquellos que se aproximan al rojo, los anaranjados y amarillos. Por el contrario, son muy impresionables á los rayos blancos, á los azul-obscuro y á los de color violeta.

Cuando se alumbran sus nidos en parte con rayos de este color y en parte con rojos, transportan inmediatamente los huevos del campo de los primeros á los del segundo.

Por lo tanto, para las hormigas es el rayo de color de violeta el más brillante de todos los del espectro solar; y por tanto, también, su sentido del color es completamente opuesto al del hombre.

Este contraste resulta todavía más pronunciado en otro hecho. Además de los rayos de luz, el espectro solar contiene, como todos saben, los llamados rayos de calor (rojos), y los químicos (violetas). Sin embargo, no vemos ni los unos ni los otros, y á ambos los llamamos *rayos obscuros*, mientras que las hormigas los perciben claramente; pues tan pronto como se ponen sus huevos bajo la acción de aquellos rayos, la hormiga los transporta de aquel campo que para nosotros es obscuro, al alumbrado por el rayo rojo, y, por tanto, el rayo *químico es para ellas de color de violeta.* Por esta razón dice el profesor mencionado: «Debido á semejante peculiaridad, los objetos que ven las hormigas, deben ser para ellas muy diferentes de lo que á nosotros nos parecen. Estos insectos es evidente que encuentran en la naturaleza tonos y colores, de los cuales no tenemos ni podemos tener la menor idea. Admítase por un momento la existencia en la naturaleza de objetos tales que absorviesen todos los rayos del espectro solar, y que sólo esparciesen los rayos químicos, y tendríamos que estos objetos *serían invisibles para nosotros*, mientras que las hormigas los percibirían perfectamente.»

Y ahora, que el lector se imagine por un momento lo siguiente: que exista una posibilidad dentro de las facultades del hombre, con la ayuda de las ciencias secretas, primero; de preparar un «objeto» (llámesele *talismán* si se quiere), el cual, deteniendo por un período más ó menos largo los rayos del espectro solar sobre un punto dado, haga que el manipulador sea invisible para todos, colocándose y manteniéndose dentro del radio de los rayos químí-

cos ú «obscuros»; y segundo; lo inverso, esto es, poder distinguir en la naturaleza, con la ayuda de estos rayos obscuros, lo que el común de los hombres, que no posee semejante «talismán», no puede ver con sus ojos naturales. Esto, por lo que respecta á los hombres de ciencia, puede ser una simple suposición ó una declaración muy seria, pues puesto que no protestan sino de lo que se dice sobrenatural, por encima ó fuera de *su* naturaleza, no tienen el derecho de oponerse á la aceptación de lo *suprasensible* si se demuestra dentro de los límites del mundo de los sentidos.

Lo mismo sucede con la acústica. Observaciones numerosas han demostrado que las hormigas son completamente sordas á los sonidos que nosotros oimos; pero esta no es una razón para suponer que son efectivamente sordas. Todo lo contrario; pues apoyándose en sus observaciones, el mismo hombre de ciencia cree necesario aceptar que las hormigas oyen sonidos, «pero que no son los perceptibles para nosotros».

Todos los órganos del oido son sensibles á las vibraciones de una rapidez dada; pero en caso de seres diferentes, esta rapidez puede fácilmente no coincidir: Y no sólo sucede esto en el caso de seres completamente distintos de nosotros los hombres, sino también en el de los mortales cuya organización es peculiar—ó *anormal* segun la llaman,—bien sea por naturaleza, ó bien por medio de prácticas espaciales (1). Nuestro oido *ordinario* por ejemplo, es insensible á vibraciones que pasen de 38.000 por segundo; mientras que el órgano auditivo, no sólo de las hormigas sino de algunos hombres que *conocen la manera de defender el tímpano de todo perjuicio* y *èl de producir ciertas correlaciones en el éter*, puede ser muy sensible á vibraciones que excedan en mucho á los 38.000 por segundo y de este modo, un órgano auditivo semejante,—*anormal* solamente para la limitación de la ciencia exacta,—puede naturalmemte, permitir á su poseedor, ya sea hormiga ú hombre, gozar de sonidos y melodías de la naturaleza, de las cuales no se tiene idea con el timpano ordinario. «Allí donde para nuestros sentidos reina un silencio de muerte, miles de sonidos de los más variados y mágicos pueden estar halagando el oido de las hormigas» dice el profesor Butlerof (2) citando á Lubbock, «y estos pequeños é inteligentes insectos podrían, por lo tanto, considerarnos como sordos con el mismo derecho que nosotros los consideramos completamente incapaces de gozar de la música de la naturaleza,

(1) En «Isis ssin Ve'o» se demuestra el caso de los naturales de Kashmiri, particularmente de las muchachas que trabajan los chales. Perciben 300 tonos de color más que los europeos,

[2] Cartas científicas.

sólo porque son insensibles al estampido de un cañón, á los gritos y silbidos humanos, etc.»

Los ejemplos mencionados demuestran suficientemente que el conocimiento que tiene el hombre de ciencia de la naturaleza es incapaz de coincidir de un modo absoluto y completo con todo lo que existe y puede encontrarse en ella. Aun sin pasar á otras esferas y planetas diferentes, y manteniéndose estrictamente dentro de los límites de nuestro globo, es evidente que existen en él miles y miles de cosas no vistas, ni oidas, ni palpadas por los sentidos ordinarios del hombre. Pero admitamos sólo en gracia del argumento, que pueda haber—completamente aparte de lo sobrenatural—una ciencia que enseñe á los mortales lo que pudiera llamarse química y física suprasensibles, más claro *alquimía*, y la metafísica de la naturaleza *concreta*, no abstracta, y toda dificultad desaparecería. Pues como arguye el profesor mencionado—«Si vemos luz allí donde otro ser está sumergido en la obscuridad, y no vemos *nada* donde él siente la acción de las oleadas luminosas; si oimos una clase de sonido y permanecemos sordos á otros, oidos, sin embargo, por un pequeñísimo insecto, ¿no es claro como la luz del día que no es la naturaleza en su primitiva desnudez, por decirlo así, la que está sujeta á nuestra ciencia y á su análisis, sinó tan sólo aquellas modificaciones, sentimientos y percepciones que en nosotros despierta? Sólo de acuerdo con estas modificaciones es como podemos deducir nuestras conclusiones sobre las cosas externas y sobre las acciones de la naturaleza, creándonos de este modo la imagen del mundo que nos rodea. Lo mismo sucede respecto de cada ser *finito;* todos juzgan por lo externo, sólo por las modificaciones que crean en él las apariencias».

Y éste, creemos, es el caso de los materialistas: pueden juzgar los fenómenos físicos solamente por su aspecto externo, y no surge ni podrá jamás surgir en él modificación alguna que abra su vista interna á los aspectos espirituales de aquellos. A pesar de la gran autoridad de los eminentes hombres de ciencia, que, convencidos de la realidad de los fenómenos llamados *espiritistas,* se han hecho espiritistas; á pesar de que—igualmente que los profesores Wallace, Hare, Zöllner, Wagner y Butlerof—han expuesto sobre el asunto todos los argumentos que sus grandes conocimientos podían sugerirles, sus adversarios los han vencido hasta el presente. Algunos de éstos no niegan el hecho de los fenómenos, pero sostienen que el punto principal de la gran discusión entre los trascendentalistas del espiritismo y los materialistas, es sencillamente la naturaleza de la *fuerza operadora,* el *primum mobile,* ó el poder que opera. Insisten en el punto principal siguiente: que los espiritistas no

pueden probar que este agente proviene *de los espíritus inteligentes de seres humanos fallecidos,* de una manera *que satisfaga las exigencias de las ciencias exactas* ó las del público incrédulo. Y considerado el asunto bajo este aspecto, su posición es inexpugnable.

El lector teosofista comprenderá fácilmente que importa poco que la negación sea para el título de «espíritus», puro y simple, ó para cualquier otro ser inteligente, ya sea humano, sobre humano ó sub humano, ó para tan siquiera una fuerza, si de todos modos ha de ser desconocida y rechazada á *priori* por la ciencia; puesto que precisamente se pretende limitar tales manifestaciones sólo á aquellas fuerzas que están dentro del dominio de las ciencias naturales. En una palabra, se rechaza en absoluto la posibilidad de que se demuestre matemáticamente que tales fenómenos sean lo que los espiritistas pretenden que son, y se insiste en que ya han sido explicados.

Es, pues, evidente, por lo tanto, que el teosofista, ó más bien el ocultista, tiene que encontrarse en una posición aún mucho más difícil que la de los mismos espiritistas, respecto á la ciencia moderna. Pues no es el fenómeno *per se* lo que la mayoría de los hombres de ciencia combaten, sinó la naturaleza del agente que se dice que obra; y si en el caso de los fenómenos «espiritistas», éstos tienen solamente á los materialistas en su contra, no sucede lo mismo en el nuestro. La teoría de los «espíritus» tiene que combatir tan sólo contra los que no creen en la supervivencia del alma humana. El Ocultismo tiene en su contra toda la legión de las Academias, porque, poniendo en segundo término, ya que no los deseche por completo, á toda clase de «espíritus», sean buenos, malos ó indiferentes, tiene el atrevimiento de negar varios de los dogmas científicos más vitales, y en este caso, tanto los idealistas como los materialistas científicos, se sienten igualmente indignados, pues unos y otros, por muy en desacuerdo que se hallen entre sí en sus opiniones personales, sirven, sin embargo, bajo una misma bandera. No hay más que una ciencia, aún cuando haya dos escuelas distintas, la *idealista* y la *materialista,* y ambas son igualmente consideradas como autoritarias y *ortodoxas* en cuestiones científicas. Pocos hay entre nosotros que, habiendo pensado en esto y habiendose penetrado de su importancia, deseen obtener una opinión científica sobre el Ocultismo. La Ciencia, á menos de reformar por completo sus moldes, no puede tomar parte en las enseñanzas ocultas. Siempre que los fenómenos ocultos se investiguen bajo el plan de los métodos científicos modernos, resultarán muchísimo más difíciles de explicar que los puramente espiritistas.

Trátase ahora, después de seguir durante diez años los argumentos de mu-

chos sabios adversarios nuestros que han combatido en pró y en contra del fenómeno, de presentar la cuestión de una manera exacta ante los teosofistas. Ellos decidirán, después de leer hasta el fin lo que tengo que decir, y juzgando por sí mismos, si nos queda alguna esperanza de obtener en el campo científica, sino una ayuda eficaz, por lo menos una atención imparcial en favor de las Ciencias Ocultas aún siquiera de aquellos de sus miembros cuya vista interna les ha obligado á aceptar la realidad del fenómeno medianímico.

Esto es natural. Sean lo que fueren, son hombres de la ciencia moderna antes que espiritistas; y si no todos, por lo menos algunos de ellos, preferirían renunciar á sus relaciones con los mediums y á sus creencias en espíritus, antes que á los grandes dogmas de la ciencia exacta ortodoxa. Y no serán pocos á los que tendrían que renunciar, si se hicieran ocultistas y se aproximasen al vestíbulo del MISTERIO con un espíritu imparcial de investigación.

Estas son las dificultades que existen en el fondo de los últimos inconvenientes (1) surgidos en el campo de la Teosofía; y no estarán fuera de lugar unas cuantas palabras sobre el particular, tanto más, cuanto que toda la cuestión se reduce á una pequeñez. Los Teosofistas que no son ocultistas, no pueden ayudar á los investigadores, aún prescindiendo de los hombres de ciencia. Los que son ocultistas trabajan dentro de ciertas líneas *que no se atreven á traspasar;* su boca está cerrada, sus explicaciones y demostraciones son limitadas. ¿Qué pueden, pues, hacer? La Ciencia nunca se dará por satisfecha con una explicación á medias.

(*Concluirá*).

H. P. BLAVATSKY.

CANJE

Hemos recibido durante el mes, las siguientes Revistas en canje:

Sophia, Madrid; *Revue Theosophique Française*, *Le Lotus Bleu*, Paris; *The Theosophist*, Adyar-Madrás; *The Teosophical Review*, Londres; *The Vahan*,

(1) Este artículo fué escrito en 1886.—*N. del T.*

Londres; *Teosofía*, Roma; *Theosophia*, Amsterdam; *Mercury*, San Francisco; *Le Spiritualisme Moderne*, Paris; *L'Humanité Integrale*, Paris; *Constancia*, Buenos Aires; *La Fraternidad*, Buenos Aires; *Mercvrio de América*, Buenos Aires; *La Ingeniería*, Buenos Aires; *Tribuna Libre*, Córdoba.

NUEVO LIBRO

El Ingeniero francés Ernest Bosc (Marcus de Vèze), Director de *La Curiosité*, periódico que se publica en Paris, y autor ventajosamente conocido, no sólo por sus obras de Ingeniería sinó también por sus interesantes trabajos sobre ocultismo, acaba de entregar á la prensa un nuevo libro titulado: «La Doctrine Esotérique», que ha puesto galante y expontáneamente á la disposición de PHILADELPHIA, para que esta lo publique en sus columnas.

Agradecemos á aquel erudito escritor la distinción de que nos ha hecho objeto, la que tanto más nos complace, cuanto que ella nos proporcionará la oportunidad de dar á nuestros lectores un material de estudio, que de antemano podemos suponer selecto, y cuyo buen éxito es fácil desde ya augurar.

La Dirección.

AVISO

Terminando con el presente número la suscripción al primer año de nuestra Revista, rogamos á aquellos de nuestros suscriptores que no deseen continuar con ella, se sirvan avisarlo á la Administración, Las Heras 1309.

LOGIA "SYRIUS" QUILMOTA

ÍNDICE DEL TOMO I—(1898-99)

PÁGS.

Philadelphia, por la Dirección 1
La Sociedad Teosófica.—Su orígen y sus propósitos, por Lanú..... 3
¿Qué es la Teosofía - Sus doctrinas, por Annie Besant..... 12 y 38
La Ciencia Teosófica, por Arthur Arnould..... 17
¡Ha muerto! por Nemo..... 20
Por las Puertas de Oro, por M. C..... 24, 63, 92 y 162
Pensamientos..... 29, 68, 96, 133, 164, 200, 231 y 269
Movimiento General de la Sociedad Teosófica..... 30
Bibliografía..... 32
Religión, por Filadelfia..... 33
¿En qué consiste la Verdad?, por H. P. Blavatsky..... 45
Un fragmento de «Zanone,» por Bulwer Lytton..... 50
La Ciencia Futura, por el Coronel Alberto de Rochas..... 53
Sueños..... 59
Religiones y Teosofía, por E. B..... 69
El Espíritu Teosófico, poruy Gmiot..... 72
El Electroíde ó Fluido Universal, por el Dr. Lux..... 76
Anécdota..... 83
La Lycantropía (cuento), por Leopoldo Lugones..... 84
Ecos del mundo teosófico..... 97
Agradecimiento..... 99, 166
Revistas Teosóficas recibidas..... 99, 134, 165, 201, 233, 270, 308
La Rama Argentina Luz.—Discurso de su Presidente..... 101
La Ciencia Esotérica, por Eduardo Schuré..... 105
Fuerza y Materia.—La materia radiante, por Julio Lemaitre..... 119
La Ciencia de las Religiones, por Emilio Burnouf..... 122
La Habitación del Baron, por Ivi Hooper..... 125
Algo sobre vibraciones y sugestión, por Manuel Frascara..... 135
Unilateralidad psicológica en los sabios oficiales, por José Ingegnieros. 139
La Unidad, por Louis Dramard..... 141
Ignorancia moderna sobre la fuerza vital, por H. P. Blavatsky..... 143
Creencias fundamentales del Buddhismo, por Arturo Arnould. 153, 180, 221, 264 y 295

PÁGS

Un Encantador de Serpientes, por H. S. Olcott 159
Acción de la Teosofía, por Leopoldo Lugones 167
El Amor, por Manuel Frascara 177
Los Muertos á hora fija 188
Terquedad de las Academias ante ciertos fenómenos de la Naturaleza por H. P. Blavatsky 195
La «Filosofía Positiva» 202
Una palabra sobre el Hombre.—Su naturaleza.—Sus poderes, por Annie Besant 203
El sendero que conduce al cielo, por Honorato de Balzac 218
El rastreo y la pista, por Alberto de Rochas 229
Noticias Generales 234
Aniversario de la Rama Teosófica «Luz» 235
Las Escuelas Filosóficas y la Teosofía, por Filadelfia 237
La Evolución del Hombre, por Annie Besant 246
La Fuerza de Creación, por Stanislas de Guaita 259
Personalidad è Individualidad, por Arturo Arnould 256
Un sueño de Magistrado, por Alejandro Berard 260
Apólogo, por Lamenais 269
La Caridad, por Alejandro Sorondo 271
La Religión bajo el punto de vista científico, por J. Chatterji 278
Los Hechos Psíquicos, por Camilo Flamarion 289
Cosas Extrañas, por Filiberto Roger 291
La Bhagavad-Gita, por Emilio Burnouf 304
Los Vivos y los Muertos por Eliphas Lévi 305
Sociedad Psíquica de San Paulo 309
La India.—Su pasado y su porvenir, por Annie Besant 308
La Teoría Universal, por Emilio Burnouf 328
¿Porqué negar lo invisible?, por Julio Lermina 331
La Dama Blanca de la familia de Brandeburgo, por Alaster 336
Reencarnación.—(Epitafio de Benjamín Frankin) 340
Teosofía, por Franz Hartmann 341
La Ley de la Causalidad, por Shak Soyen 346
La Libertad de Pensamiento, por Julio Lermina 350
Sonido, Calor y Luz, por A Márquez 359
¿Es posible la Creación?, por Th. Pascal 362
¿Ciencia Oculta ó Exacta? por H. P. Blavatsky ..... 367 y 409
Lo que piensa la cabeza del guillotinado, por Miguel Delines 376
El movimiento Teosófico en la República Argentina 379
Teosofistas y Teósofos, por Lanú 381
Harmonias, por *** 383
¿Que es lo que ha hecho la Teosofía por el mundo, por el Dr. J. D. Buck 389
Dos Sonetos: « España y América,» « A H. P. Blavatsky, » (en el 2º aniversario de su desencarnación), por José Plana y Dorca. 396
Porque debemos estudiar la Indía, por Aniketa 397
Un libro nuevo 420
Aviso ..... id